

lar nuestra tierra por miramiento á España ó por temor de su esfuerzo; y por esta razon hemos vivido tranquilos, sin necesidad de exercitos y de fortalezas. Quando ha sido invadido algun punto de América, la ha defendido ó recobrado España. Asi es evidente que el pais mas codiciado de todos, se ha conservado feliz y seguro á la sombra augusta del trono español; y si en qualquier época que no nos protegiere nos invadirían; es mucho mayor éste riesgo quando esos pocos traidores den á entender que estamos divididos; que es quanto pueden desear los que codician estas felices regiones. Sobre todo ¿quanto apreciará Napoleon este cisma, que en todas partes ha labrado su fortuna?

Y entre nuestros intereses ¿no es de los primeros el pundonor? Cierito; gran dolor cuesta considerar la mofa que se hará de la fervorosa y alegre lealtad con que juró á Fernando VII la N. E. Revoltosos perjuros, escándalo del universo ¿con que suplicio pagareis la culpa de cubrirnos de ignominia? Ajado nuestro decoro, degradada nuestra antigua firmeza, escarnecido nuestro carácter, destruido el concepto que siempre mereció nuestro zelo religioso, y calificada nuestra vergonzosa inconstancia, ¿qué esperaríamos, y á que nos expondríamos? No llegará el caso. Sin embargo, y para precaver toda agresion, abandonad, pueblos engañados, á esos revoltosos, y renúñamonos. Todos somos españoles, como si hubiesemos nacido en Europa. Dishonra á europeos y americanos la rivalidad, y á todos nos perderia la desunion. ¿Nuestra índole suave, pacífica y generosa, sufrirá la ruina de tantas familias de europeos que son familias criollas, y á su vez daran pobladores que constituyan la honra y el lustre de la patria y aumenten su gloria y su riqueza?

Huyamos, pues, de esos bandidos que las persiguen en una coyuntura en que pueden pe-

dir á la nacion la satisfaccion á sus quejas, y en que por consiguiente es al doble atroz el atentado de tomarse por sí la venganza. ¡Inhumanos! ¡Mentidos políticos! Esas familias hacen falta á la agricultura, á la industria, á la circulacion del dinero. Esos hijos, esos domésticos harian otras tantas casas criollas. Los criados de los europeos serian á la sombra de ellos, otros tantos padres de familias, quizá los mas útiles al servicio del pais.

Paisanos de Tierradentro: no esperéis á que se derrame vuestra sangre, como será forzoso para escarmentar á los facciosos que os han vendido. Anticipaos á obrar por principios de religion y de racionalidad, y por convencimiento: abandonad á esos necios que solo os pueden traer ruina y afrenta.

Concluyamos con una reflexion perentoria. Ni la naturaleza, ni su Divino Autor han limitado la virtud, ni el honor, ni el buen sentido, ni ninguna otra qualidad, á determinados pais. Mas quando así fuese con respecto á la virtud política: es muy cierto que con relacion á la moral del cristianismo, todos los que por la infinita misericordia lo profesamos, somos ciudadanos de una misma patria. Asi pues, sea que se atienda solamente á las leyes fundamentales de la sociedad aunque fuese entre gentiles, sea que se haga uso de la verdadera y unica filosofia que es la del Evangelio, no hay una consecuencia mas legitima ni mas bien demostrada que esta: á saber. El hombre honrado, virtuoso, amigo de la humanidad, y que reunido al gobierno trabaja en pró de la sociedad, es nuestro compatriota, amigo y hermano, aunque venga de alguno de los polos del mundo. Pero el vicioso, el holgazán, el selicioso y mal intencionado, aunque haya nacido entre nosotros, es un enemigo y mas indigno de nuestra compañía que las fieras del bosque.

NUMERO 138.

Exhortacion de los diputados para las córtes á los habitantes de Nueva-España.

EXHORTACION

Que los diputados para las próximas córtes, hacen á los habitantes de las provincias de la Nueva España.

Discretos, juiciosos y fieles habitantes de las provincias de este hermoso y felicísimo reyno: quando impelidos del zelo por la religion, del amor á la patria y del deseo de la futura permanente felicidad de estos pais privilegiados, estaban vuestros Representantes en córtes alegres en el sacrificio que hacian de su comodidad y quietud, por que iban en vuestro nombre á procurar la mayor gloria del Señor, el cabal esplendor y lustre de la heróica nacion española, la libertad de un Príncipe tan digno como desgraciado, la universal prosperidad de ambas Españas, y que quedarán indeleblemente escritas en los fastos de la historia las demostraciones de la religiosidad, patriotismo, fidelidad y heroismo de este venturoso terreno: quando impacientes por el logro de tan sublimes é importantes fines, sin embargo del dolor natural de alejarse de vosotros, llevaban con amargura los precisos momentos de dilacion en su marcha, por lo que retardaban el instante de presentarse en Europa la representacion Americana, despues de vencidos trabajos y peligros de tierra y mar, como un exemplar de fidelidad, de patriotismo, de cristiandad y de nobleza: los detestables movimientos con que algunos, mal aconsejados y temerarios, han perturbado en muy pocos lugares la tranquilidad y órden público, los estrechan á comenzar las funciones de su alto encargo, dirigiéndose á vosotros mismos.

No es esto suponer en vosotros aún el mas

ligero principio del mal, que todos detestamos es si solo confortaros para que gloriosamente perfeccionéis el bien tan santamente comenzado: es pedir os que con la constancia en vuestros proceder generosos y nobles, hagais ver al universo, que el yerro detestable de unos pocos solo sirve para acrisolar y hacer que brille mas la fidelidad y virtud general de la Nueva España, como ha servido á la de la antigua el no haber imitado á los que desgraciadamente prevaricaron: y finalmente que vigoriceis la voz de nuestra representacion con la conservacion de vuestro empeño por la santa causa, y que hagais lo que pide de todos la religion, la patria, el honor y vuestro verdadero interes.

Solamente la soberbia puede hacer creer al hombre que sus pensamientos y medidas son capaces de mejorar las cosas por los caminos mismos que la esperiencia ha acreditado, propios únicamente para empeorarlas, y ofuscándole la razon lo precipiten á abismos de males. Empeñe con arrogancia; pero esta sirve solo para dañar á innumerables y hacer víctima de la desgracia aún al soberbio mismo.

La santa religion, obrando dulcemente sobre nuestros espíritus, es la que conduce al hombre por principios siempre justos, siempre benéficos, siempre saludables. El amor y respeto á Dios, y el amor y compasion á sus hermanos, son sus dos bases, y sobre ellas se levanta sólidamente el admirable edificio de la sociedad cristiana y civil. Con solo estos principios afirma la autoridad y protege la justicia: une á los hombres y los hace obrar unidos el bien de todos. Sin ella la autoridad no se respeta, y el vicio triunfa: sin ella no reyna el amor paciente, generoso y de caridad, y una

pequeña chispa abrasa y devora el hermoso campo de una sociedad floreciente. Ella fundada en la verdad no tolera pretextos para obrar el mal con disimulo a los ojos de los hombres, y eternamente condena toda transgresion de sus santas é inalterables máximas.

Exige con imperio, por el respeto á Dios, la fiel observancia de los juramentos prestados en su santo nombre, y de quanto necesita su eabal cumplimiento: demanda el aborrecimiento de toda accion pecaminosa, y mas la del escándalo; y clama por el origen de la felicidad comun, que es la santa union entre los hombres. ¿Y todo esto no se ve conculcado si no tomáis empeño en impedir el progreso de aquellos movimientos: si no lo tomáis en sufocar la perversa semilla de la discordia?

Ella es la que ha hecho buscar pretextos para levantar estandarte en que consta escrito lo contrario de lo que se obra. Se dice que viva la religion, al mismo tiempo que se violan su moral y sus preceptos: que viva el deseado Fernando, al mismo tiempo que se ponen medios para debilitar la fuerza de sus armas, la defensa de sus estados: y que muera el mal gobierno, á el mismo tiempo que se quiere vivir sin ninguno, por que jamas lo tiene la asonada y confusion. Solo sirve esta para facilitar al tirano universal de la religion y del estado lo que tanto ha deseado, y es dividir la antigua de la Nueva España, para que aquella sucumba sin los socorros de esta; esta no se sostenga sin las armas de aquella, y ambas sean presa de su tirania, ó del poder de otra nacion armada y poderosa. Unidas ambas triunfarán por fin con el favor del cielo, y lograrán la corona de sus fatigas; pero separadas, hoy será la una causa de la desgracia de la otra, para que mañana esta misma coopere á la ruina de aquella, y queden para siempre sepultadas la gloria y la libertad de ambas.

Esta es la verdad, y engaño lo contrario, y por tanto la patria exige que por todos arbitrios se procure la conservacion de la tranquilidad y de la union. Por medio de ésta se tributará á Dios el culto pacífico y solemne que la ennoblece, se cuidará de las buenas costumbres, que hacen á los estados florecientes y res-

petables: se formará el nudo indisoluble, que tanto irrita al enemigo comun, por impenetrable á su traidora espada: y se conservará terso y sin mancha el honor de estos fidelísimos y cristianos reynos.

Ellos debieron la felicidad del cristianismo á los religiosos esfuerzos de los Monarcas españoles: ellos han progresado baxo sus sabias leyes, y de España recibieron la sangre y la nobleza los españoles americanos, quienes hasta los dias presentes han correspondido á su metrópoli con su amor, su docilidad y sus arbitrios, resultando de esta hermandad y alianza la felicidad general. Tamaño bien no puede desatenderse sin ignominia y deshonor. Por bienes de menos consideracion pide la prudencia conservar la union y despreciar quejas, que pueden gloriosamente disiparse en tiempos mas oportunos. Defender á los padres de la opresion y servidumbre: socorrerlos en su necesidad, y acreditar siempre la gratitud es loable en los hijos, á mas de ser obligacion, como lo es en los padres procurar las ventajas de estos, y en el protector las del cliente, y en todos defender lo que forma su esplendor y su gloria. Son tan estrechos los vínculos que la naturaleza y las leyes han establecido entre ambos, que es imposible imaginar honor ó ignominia en uno que no sea trascendente á los otros. Así cooperar con todos sus arbitrios los españoles de ambos mundos á la laudable union que los ha conservado, es timbre de la nacion entera, y de la santa religion, que hoy mas que nunca pide la conservacion de los estrechos lazos de la caridad en beneficio de ella misma y del interes sólido de quantos tenemos la dicha de profesarla.

Desgraciada la Nueva España si en ella llegarán á dominar las divisiones. Se ofuscarán sus glorias: se frustrarán sus esperanzas: y se acabará su interes. No son predicciones funestas de ánimos afligidos: son doctrinas sentadas en el libro magistral de la esperiencia. Es demasiado grande para referir quanto contiene: pero alguna cosa de las recientes podemos traer á la memoria para convencimiento. Mirad á Francia, á esta nacion, á la qual sus ciencias, sus artes, sus industrias y sus armas habian hecho casi arbitra del

mundo, y decidnos ¿hasta quando duraron sus glorias, y qual fué la época en que se vió privada con ignominia de ellas? ¿No es verdad que duraron mientras que se conservó unida, respetando las potestades, venerando las leyes, manteniéndose tranquila, y siendo sábia hasta los términos que decia San Pablo, esto es, los de la justa sobriedad? ¿No es evidente que desde que abrazó el partido de la division y novedad se convirtió en objeto de detestacion, y que por querer mostrarse mas sábia de lo que conviene, solo causó á sí y á otras naciones muerte de millones de hombres (triste consecuencia de toda revolucion), devastacion de provincias, ruina de estados, y que por último el decantado proyecto de una libertad imaginaria lo concluyera con hacerse vilmente esclava del hombre mas aborrecible, por que ya no podia sufrir los males que le causaba el fermento de su division, y porque tarde y á costa suya conoció que no es posible que los hombres puestos en movimiento, y exáltada la ambicion de cada uno puedan poner fin á la rebelion y desconcierto, como confesó á su pesar uno de los faccionarios mismos? Esta es verdad de hecho, y que nadie puede negar si observa con humildad la miseria del hombre. En su retiro, y preocupado piensa facil y sujetable á orden un movimiento popular que trastorna un sistema social ya establecido, y si por precipitacion lo emprende, despreciando los medios que servirán para una pacífica racional reforma de abusos y defectos, viene á hallarse implicado en males sin remedio, sin conseguir su fin, y quedando por autor de mayores excesos. La soberbia del hombre y sus pasiones una vez sueltas no se sujetan á la misma razon que antes servia de freno, y resistiendo toda sujecion la subordinacion falta por grados, como ya se oye de esos hombres que se han revuelto, y viene á resultar de la imaginacion de reforma el universal trastorno.

Pocos son los lugares á donde ha llegado la llama que se desea apagar; pero en ellos se observan lágrimas, vejaciones, opresion y ruinas, y á otros amenaza la necesidad y la hambre, consiguiente á la destruccion de los sembrados, que ya han consumido los bagages de los revol-

tosos, y en que como en la dilapidacion de otros bienes, serán perjudicados muchos hijos del pais por el derecho de suceder á sus padres, los que conservando sus riquezas pudieran proporcionarles una suerte mas ventajosa y brillante. ¿Y no será interes de todos procurar con viva diligencia extinguir esa maldita discordia que lo causa todo, que ofende la religion, que destruye la patria y favorece á su enemigo, que mancha el honor y destruye nuestro verdadero interes?

Sí, sí, y por tanto todos cooperamos á tan importante objeto, segun nuestros arbitrios. Sacerdotes, anunciad con vigor la ley de Jesucristo, ley toda de amor y de caridad, ley que por lo mismo prescribe no el amor que tienen aun los Etnicos, sino tambien el de los enemigos, que pide evitemos hasta las palabras que ofenden, por que son dice San Pablo, útiles solo para la subversion. Repetid el exemplo del Señor sufrido y perdonando injurias y manso y suave aún en las palabras de correccion. Inspirad en todas partes el amor mutuo. Jueces, Padres y Rectores inculcadlo tambien con discrecion. Súbditos, prestad vuestros oidos con docilidad á los consejos de la religion y la sabiduria, que os lo piden para vuestro provecho. Tomemos todos empeño en olvidar y desterrar sobrenombres que nos dividan. Suene solo la amable voz de cristiano español, que nos dice quanto nos interesa. España es una, aunque tenga diversas provincias, unidas ó distantes: la religion es una, aunque ha a en ella diferentes estados: y por los mismo todos somos hermanos por religion y por origen: todos hijos de la Iglesia y de Jesucristo, para quien no hay distincion de judío ni de griego, y todos vasallos de un mismo Soberano, en cuyo vínculo nos enlaza, ademas de las razones insinuadas de la naturaleza y la política, la del religioso juramento que como tales hemos prestado.

No es justo ni prudente por medio de convulsiones peligrosas buscar remedio á quejas que lo tienen expedito en la paz y hermandad, útil á la religion, necesaria á la patria, conveniente al honor é indispensable para nuestro verdadero interes, hoy especialmente que la Providencia nos ha puesto al frente un Gefé

que tendrá, nos atrevemos á asegurarlo, una dulce satisfaccion de extender hasta donde pueda la clemencia con los arrepentidos.

No cerreis, pues, los oídos fidelísimos habitantes de estas provincias, á la voz de vuestros Representantes: vuestra docilidad dará mas eficacia á nuestra representacion, y ella junta en las córtes con la de las otras provincias, hará que se vean triunfantes con devida igualdad

los derechos de todas las partes que componen la monarquía: que todos queden sin motivo de queja, gobernados por leyes sabias, en que solo resplandezca la equidad, justicia é imparcialidad, que son los fines de la congregacion de ellas, decretada para gloria de Dios y de su santa religion, bien de la pátria, honor de la nacion entera, y firmeza del sólido interés de todos. México y Octubre 3 de 1810.

NUMERO 139.

Manifestacion del Lic. D. Mariano Primo de Rivera sobre la revolucion de independencia.

MANIFESTACION

Que hace Mariano Primo de Rivera de sus sentimientos y deseos en las circunstancias tristes de la época presente, á los habitantes todos de estos reynos.

HABITANTES TODOS DEL REYNO, MIS AMADOS COMPATRIOTAS.

La paz, ese bien sobre todo encarecimiento amable: ese don preciosísimo con que sin exemplar habia distinguido la suprema Providencia por siglos enteros á estos reynos, en testimonio inequívoco de su amor y proteccion particular, por lo que se llamaban felices sobre el orbe todo: la paz ha desaparecido de entre nosotros en estos últimos días. ¡O pérdida sin tamaños ni medidas! ¡O desgracia, manantial inagotable de desaciertos, de los mayores desastres, de toda especie de males!

Avista de suerte tal, no se hará extraño que yo tome la pluma para un papel público, aunque he sabido guardarme de hacerlo, no porque me falte afecto al aplauso y á ese género de gloria, sino porque mi insuficiencia ha contenido á mi amor propio y á mis deseos.

Pocas veces he escrito para la prensa, preciso siempre por algun motivo poleroso que no he podido excusar; pero he ocultado mi nombre, huyendo de la censura que justamente merecia.

Hoy dexo esa mi precaucion, no porque intento lisonjear y adular, vicio de que por misericordia estoy distante; no porque busque premio, pues jamas he aspirado á él, ni pretendo salir de mi presente esfera: me animan, me determinan únicamente los sentimientos de religion que caben en mi miseria, el amor sincero que profeso á este público, y un debido reconocimiento al crédito y estimacion que le he merecido y de varios modos me ha acreditado. En circunstancias tan tristes no puedo prestar otros servicios. Sea este desahogo de mi corazon y muestra de mi gratitud; y venga despues enhorabuena la crítica, que ya confieso merecerla.

Que restituya la paz, que parecia inseparable de nosotros, es todo mi anhelo. Ya veo otros ingenios muy superiores empeñados en tan digno objeto. ¡Quanto han dicho y expondrán aún los que unen á su zelo las ciencias, la erudicion, la eloquencia! Los malignos efectos

del resentimiento y del odio, constantes compañeros de los partidos contrarios; los perjuicios indispensablemente comunes á uno y otro al sostenerlos; los excesos que aun en el mas cauto y medido produce el ardor; la precipitacion casi necesaria en este y en otro lance, que es madre de desaciertos; la imposibilidad de llevar un partido sin ofensa y ruina de los del mismo por los enlaces y dependencias de los del otro; lo escaso que es entre los hombres aquel amor de la patria justo, sincero, prudente y generoso, único para el bien y la gloria; los embarazos para los proyectos, y en la resistencia á los mismos; la variedad de la guerra pendiente de circunstancias que no pueden prevenirse; la necesidad de confiar á los de menos fé y arreglo las principales obras en ocurrencias tales, y de premiarlos, y seguir despues sus ideas, si no se ha de repetir una tras otra vez la propia escena ¡Oh! ¡quantos, quantos caminos dan la razon y la verdad para persuadir las funestas conseqüencias de la inquietud y desunion, y los dulces efectos de la concordia y amistad!

Nuestros días desgraciados, con preferencia á todas las épocas del mundo, ofrecen sobrado asunto, y sucesos eficacísimos para el convencimiento. No elijo yo esos medios, porque los males que ellos nos presentan ó estan distantes de nuestros ojos, y no hacen toda la impresion necesaria, ó los quieren desmentir la preocupacion, el deseo y el ardor; y no hay en mí luces, ni coyunturas para oponerme á estos destructores de la razon, que con un despreciable "puede ser" "veremos lo que sucede," hacen frente á los argumentos mas urgentes. Queden esas sendas para plumas que gozan mejor direccion, y estan ejercitadas en obras de este género.

Yo escojo para mi intento á nuestra propia experiencia; que hace los objetos mas sensibles, y precisa al asenso, si no hay obstinacion y abandono absoluto á la mas negra y fiera de las pasiones: triste estado que no dexa esperanza ni arbitrio al particular que llorá males públicos, y sin autoridad pretende impedirlos. Si, nuestra propia experiencia por desgracia nos podrá decir ya la dulzura, bienes y comodidad

que trae consigo la paz y la union preferibles á qualquiera otra suerte por lisonjera que se invente, por feliz que la imaginacion mas acalorada la figure, y el peso, gravedad y trascendencias de los daños que hace toda discordia y desavenencia. A ella sola quiero llamar la atencion, y limitar mi papel á unos simples recuerdos, de que podrán deducirse las conseqüencias mas eficaces para mi sano fin.

Eran estos reynos unos distantes espectadores de los sucesos tragicos de otros, de sus revoluciones y de sus desgracias, sin oír el trueno de la guerra, sin ver los semblantes pálidos de los que se conducen á ella, sin experimentar su fuego, su horror, su espanto, sus conseqüencias, todas dignas del llanto y de la pena, sin acercarse al teatro de sus frecuentes alternativas, de sus suertes varias, de sus fieros espectáculos. Y al mismo tiempo que oíamos desgracias tales, al compadecerlas ó admirarlas, dábamos gracias al cielo, y celebrábamos nuestra fortuna como unica, de no presenciirlas, y de estimarnos exento de su jurisdiccion y de sus alcances.

Quando llegaron ellas á la antigua España, y esta se hizo por designios del Altísimo su centro y su teatro, nos tomamos todo el interes que debíamos, como que en aquel suelo veíamos nuestra sagrada religion, los esfuerzos por la restitution de nuestro Soberano el mas amado, y los costosos empeños de nuestros padres, hermanos, deudos, protectores y convasallos baxo de una misma religion y trono. Nuestra compasion pasó á ser sentimiento vivo en propia causa. No vivíamos quando las noticias se retardaban: las favorables nos enloquecian por el gozo; las adversas nos consternaban y afligian. Pero despues de todo este interes, no cesábamos de darle gracias al Todopoderoso porque nos habia preservado de males tan graves en nuestras personas y nuestro suelo. La paz reynaba en nosotros, la union nos aseguraba en nuestras posesiones y quietud, y sin otro principio, olvidados de los demás bienes del mundo, nos complacíamos y llamábamos los felices de la tierra, el pueblo escogido del Señor, porcion especialmente amada de su divina Magestad.